

AMOR Y GUERRA

RAMON SAIZARBITORIA

Traducción de Bego Montorio

Este libro fue galardonado en 1997 con el premio Nacional de la Crítica



biblioteca

RAMON SAIZARBITORIA

Mi mujer se llamaba Flora. Decidí matarla el día en que, recogiendo el camisón en la cintura, se me sentó a horcajadas y me pellizó las tetillas con la intención demasiado evidente de complacerme.

Para entonces, por supuesto, ya sabía yo que me había engañado, pero no creo que fuera ése exactamente el motivo que me decidió a matarla, quizá porque sigo considerándome un racionalista y me cuesta admitir que algo tan natural como el desahogo sexual de Flora me indujera a concebir tan radical y desmesurado propósito.

Samuel solía tomarme el pelo tachándome de enciclopedista, no sólo porque me dedicaba a vender enciclopedias, que también, ni porque me hubiera aprendido de memoria numerosas definiciones, sino porque estimo que el Conocimiento y la Razón son las cualidades más nobles del ser humano, las que deberían guiar nuestra conducta por encima de instintos y sentimientos.

Si, en lugar de comportarme de forma tan racional cuando descubrí el engaño de Flora, le hubiera señalado la puerta y, sin darle la oportunidad de hablar, le hubiera dicho: «Cariño, lo nuestro ha terminado, no hay sitio para la mezquindad en esta casa», quizá no hubiera tenido que tirarla por la ventana. Pero probablemente pensé que podría ahorrarme una salida irracional de tipo teatral e intenté convencerme de que follar es algo natural, una simple necesidad fisiológica. «*Il faut bien que le corps exulte*», dice el refrán francés, o sea, que al cuerpo hay que darle alegría, y, ya se sabe, los franceses son muy racionalistas, además de expertos en cuestiones de cama. Pero, claro, la cuestión es que yo no soy francés.

No sé por qué lo menciono; no le he visto más que una vez en mi vida y luego, más tarde, en la fotografía que me enseñó el juez, pero ya muerto. Tampoco sé cómo apareció por Hambre, que no es más que una sidrería oscura y cutre, por más que cuente con un magnífico piano Pleyel. Ni yo mismo sabría su nombre si no fuera porque Samuel y los demás tienen la costumbre de reunirse allí. Y, bueno, Cerdán es de los que se peinan el cabello hacia atrás, liso y reluciente, con rizos en la nuca. Alguien comentó que era miembro de una familia aristocrática de Madrid, de esas que tienen muchos caseríos por esta zona. Según Nicolás, como los alquileres no les dan para vivir, esa gente se venga de los inquilinos prohibiéndoles cualquier tipo de mejora. Cerdán contestó que no, que él ni tan siquiera sabía dónde estaban los caseríos de su familia, y no resultaba difícil creer a aquel tipo cuando decía que ignoraba dónde estaban las cosas.

Por lo visto, la mujer que lo engañó también era de por aquí, al igual que los caseríos, y, como seguía enamorado, venía

siempre que se le presentaba la ocasión para sentirse más cerca de ella. La mujer, por su parte, le escribía cartas en papel perfumado con esencia de violetas, pidiéndole perdón y manifestándole su deseo de volver a vivir juntos. Cerdán, sin embargo, afirmaba que perdonar la infidelidad era imposible. Cuando supo que lo engañaba, señaló la puerta y, sin darle la oportunidad de pronunciar palabra, le dijo: «Cariño, lo nuestro ha terminado; no hay sitio para la mezquindad en esta casa».

Me hubiera gustado poder hablar más con él, pues esos temas no eran habituales entre nosotros, pero, después de lo que dijo Nicolás —es decir, lo que aquella gente les hacía a los inquilinos, etcétera—, sabía que los demás no entenderían mi consideración hacia él. No obstante, le comenté que su comportamiento me parecía bastante necio y que tendría que perdonar a su esposa porque, en último término, copular no es más que una necesidad fisiológica; igual que comer o beber, una mera exigencia corporal. «*Il faut bien que le corps exulte*», le dije, y también lo de los franceses, que saben mucho de cuestiones de cama. Él, sin embargo, a pesar de asentir con la cabeza mientras yo hablaba, pues el pobre era uno de esos borrachos simpáticos que te dan la razón en todo lo que dices, se encogía de hombros y reflejaba en su rostro una inmensa pena, al responder que le resultaba imposible, ya que su esposa le había engañado, y que yo no podría entenderlo. No sé por qué pensaba eso, si porque no soy aristócrata o porque Flora no me había puesto aún los cuernos.

Cuando Flora adornó mi cabeza con un par de cuernos, había ya tiempo que había cumplido los veinte. «Me has tenido abandonada», me dijo. Cuando entró en casa serían las ocho de